

Invasión de Ciudad Universitaria por el ejército

HUBERTO BÁTIZ

(Profesor del Colegio de Letras Hispánicas)

Victor Villela, único herido en la toma de Filosofía y Letras

VÍCTOR VILLELA, POETA al que había publicado en *Cuadernos del Viento* y a quien contraté en la Dirección de Publicaciones como asistente (en donde me nombró el rector Javier Barros Sierra como subdirector encargado en 1967, en lugar de Rubén Bonifaz Nuño, que ocupó la Coordinación de Humanidades, a la que renunció Mario de la Cueva cuando el rector Ignacio Chávez fue ignominiosamente defenestrado por órdenes del presidente Gustavo Díaz Ordaz), fue herido de bala la mañana del 19 de septiembre de 1968, cuando unos estudiantes le dieron *aventón* en el estacionamiento de la Facultad de Filosofía y Letras. Víctor se había presentado a trabajar, como secretario de Bonifaz Nuño, y había encontrado *tomada* la autónoma Ciudad Universitaria (“recuperada para el Gobierno por el Ejército Nacional” la noche anterior, según decían los noticieros). El militar le marcó el alto y Víctor insistió en que

debía entrar a la Torre de Humanidades. Lo intentó tenazmente hasta que unos estudiantes lo obligaron a subir a su coche para escapar. No sé qué hicieron para enfurecer al milite, al punto que cortó cartucho y disparó contra el auto. La bala atravesó láminas, forros internos y se alojó en la cadera y la cabeza del fémur de Villela. Fueron detenidos y el herido transportado al Hospital Militar, según leí ese mismo día en los diarios vespertinos en primera plana. Víctor Villela había sido el único herido en la “*gloriosa recuperación*” de la UNAM, a la vez que el Casco de Santo Tomás del Politécnico había sido también *invadido*.

Yo había renunciado a Publicaciones por un conflicto de Gastón García Cantú con su equipo de Difusión Cultural, con pretexto de “malos manejos” de la Casa del Lago, que dirigía Juan Vicente Melo; lo apoyamos Juan García Ponce, Inés Arredondo, José de la Colina, Juan José Gurrola, Tomás Segovia y otros, y al vernos desempleados nos habían ofrecido trabajo en el Departamento de Publicaciones del Comité Orga-

nizador de los XIX Juegos Olímpicos, a las órdenes de Beatrice Trueblood y del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez. Me tocó trabajar también con Alí Chumacero, José Revueltas, Augusto Monterroso, Emilio Carballido, Óscar Oliva, Irene Herner, Rita Eder, Lucía Linares, Juan Carvajal, Miguel Cervantes y muchos notables diseñadores, fotógrafos, escritores y traductores extranjeros, al servicio de la Olimpiada Cultural.

No pasó mucho para que Revueltas (que se hacía presente en el Auditorio Justo Sierra-Che Guevara) fuera encerrado como preso político en Lecumberri, junto con Elí de Gortari y muchos otros maestros y estudiantes (Roberto Escudero, Luis González de Alba, líderes de nuestra Facultad). Revueltas escribió ahí *El Apando*, que con José Agustín (apresado como delincuente común —lo agarraron en un conecte de cannabis— después de que en un mitin en el *campus* le mentó la madre con todas sus letras al presidente GDO) transformó su relato en el guión de la estu-
penda película de Felipe Cazals.

Por esos días, Juan García Ponce escribió un artículo sobre el tirano Díaz Ordaz que llevó a *Excelsior* en su silla de ruedas, acompañado por Nancy Cárdenas y Héctor Valdés, maestros de *Filos*. Julio Scherer le dijo que no podía publicar el artículo porque le cerrarían el periódico, y cuando salieron al Paseo de la Reforma fueron aprehendidos, pues confundieron la silla de Juan con la de Marcelino Perelló Vals, estudiante de Física en Ciencias de la UNAM y líder máximo del movimiento estudiantil. Esa noche, en casa de Juan, nos contó cómo le conminaban a caminar pues era un *farsante*: “Me encantaría no sólo caminar, sino correr y bailar”, les decía mientras lo soltaban y caía al suelo como un guiñapo. Maltrataron con Juan García Ponce a Héctor y Nancy, aguerridos compañeros. En tanto, Scherer habló a Gobernación con el subsecretario Mario Moya Palencia y logró que éste los liberara. Años después, en el *Uno Más Uno*, yo publicaba ese artículo de Juan cada 2 de octubre para no olvidar.



Víctor Villela me mandó decir, desde el hospital en que convalecía y de donde salió cojeando para siempre, que había oído que iban a “quemar mi casa”. Continuamente me llamaban por teléfono voces anónimas: “¿Su papá se llamó Agustín y su mamá María Luisa, y viven en Guadalajara?” “Sí, ¿por qué?”, contestaba. “¿Sus hermanos hacen esto y aquello? ¿Vive en tal parte?” A todo lo que yo decía ordenaban: “¡Cuídelos! ¡Sea prudente!” A todo mundo nos hacían eso para *acalambarnos*... Vivíamos asustados, con terror. Con la amenaza de incendio, nos fuimos a vivir a otra casa. A Salvador Elizondo y a Juan Carvajal los agarraron saliendo del Sanborns de San